

Traducción de prefacio y epílogo: Meisner, Maurice, *Mao Zedong. A Political and Intellectual Portrait*, Polity Press, Cambridge, 2007.¹

Traducción de Jaime Silbert* y Gustavo Santillán*

Prefacio

Mao Zedong concibió y dirigió la más popular de las revoluciones en la historia del mundo. El número de personas involucradas activamente en el gran movimiento revolucionario que barrió el vasto campo chino en las décadas de 1930 y 1940 no tiene precedentes históricos. Y el número de personas cuyas vidas fueron transformadas profundamente por la sublevación debe contarse por cientos de millones. En alcance y proporción, y en su completo carácter, la revolución comunista china fue probablemente la mayor de todas las revoluciones contemporáneas, eclipsando a la francesa y a la rusa, con las cuales a menudo se la compara.

Aunque Mao Zedong fue un gran revolucionario, como gobernante llegó a ser cada vez más despótico, un desarrollo no desconocido en la historia de las revoluciones. Organizó al campesinado chino para destruir las viejas formas de opresión y autoridad solamente para reemplazarlas con la autoridad de su propia imagen divinizada, autoridad extraña, ajena a las masas. Liberó a la nación china de los grilletes del imperialismo foráneo y “construyó un país”, como su sucesor Deng Xiaoping lo señalaría – solamente para atar al pueblo de su país a las onerosas demandas de la doctrina de la “revolución continua”. Los dos aspectos de Mao – el revolucionario y el tirano, el emancipador social y el dictador político – no pueden reconciliarse fácilmente. Pero ambos deben tomarse en cuenta en cualquier consideración seria de su larga carrera revolucionaria.

Tanto los éxitos de Mao Zedong como sus fracasos, sus logros y sus crímenes, y los efectos a gran escala que produjeron, definen varios periodos cruciales de la historia.

¹ Las partes que elegimos con el autor para traducir son el Prefacio y el Epílogo. El historiador Maurice Meisner, Profesor Emérito de la Universidad de Wisconsin, Madison, EEUU, nos visitó en el mes de abril del año 2007 para presentar la traducción castellana de su libro: *La China de Mao y después. Una historia de la República Popular*, publicado por Editorial Comunicarte (Colección Rojo y Negro), Córdoba, 2006. En esa oportunidad, dictó en nuestra Universidad Nacional de Córdoba un seminario titulado “Los distanciamientos de Mao Zedong con respecto al marxismo”. El Prefacio ha sido traducido por Jaime Silbert y el Epílogo por Gustavo Santillán.

* Universidad Nacional de Córdoba.

* Universidad Nacional de Córdoba – CIECS – CONICET. E-mail: gussant@hotmail.com.

Mao fue el dirigente político de la larga revolución comunista china por cerca de dos décadas tanto como su principal teórico y estrategia militar. Y reinó sobre la República Popular China por más de un cuarto de siglo. La duración de la dominación política de Mao no tiene precedentes en la historia de las revoluciones contemporáneas, proveyendo una continuidad política e ideológica inusual entre los periodos revolucionario y posrevolucionario. Este estudio aspira a tomar ventaja de esa continuidad para explorar cuestiones relacionadas a la naturaleza social y los límites de la revolución comunista china tal como se revelan en la larga vida política e intelectual de Mao Zedong.

En tanto relato de la carrera revolucionaria de Mao Zedong, este libro no es más que un esbozo, dirigido en primer lugar a los lectores que buscan una breve introducción biográfica de la vida pública de un sujeto no familiar. Este libro no puede sustituir la excelente y comprehensiva biografía de Philip Short, *Mao: A Life* (New York, Henry Holt, 2000; existe edición en castellano por Editorial Crítica, Barcelona, 2007, n. del t.) o el estudio pionero de Stuart Schram, *Mao Tse-tung* (New York, Simon and Schuster, 1967), un volumen que mantiene su vitalidad y su perspicacia histórica luego de cuatro décadas de publicado.

Trazando la historia política de Mao, este volumen enfatiza sus encuentros con el cuerpo teórico heredado del marxismo-leninismo, su reinterpretación de éste y la relación entre su versión “sinizada” del marxismo y su práctica política, ambas en tanto revolucionario y gobernante. Este énfasis no deriva de ninguna creencia de que Mao haya enriquecido la tradición marxista. Sus contribuciones intelectuales y teóricas al marxismo fueron exiguas, a lo sumo. Más bien fue su distanciamiento de las premisas básicas del marxismo lo importante para comprender los aspectos positivos y negativos de su carrera política, como se sugerirá en las páginas que siguen.

Epílogo: Progreso y Tiranía, Marxismo y Maoísmo

En la historiografía confuciana tradicional, Qin Shihuangdi, el Primer Emperador, quien unificara en el año 221 a.C. los diversos estados feudales combatientes de la China antigua en un imperio centralizado bajo la Dinastía Qin, es retratado como el arquetipo del gobernante cruel y tiránico, fundamentalmente entre otras cosas por haber quemado los textos confucianos y enterrado vivos a los sabios de esa escuela. Los críticos de Mao Zedong han comparado a menudo al Timonel con el primer emperador. Mao abrazó con

gusto esta analogía histórica. A comienzos del Gran Salto en 1958, y de nuevo durante los años setenta, Mao alabó al primer emperador y a su ministro legista Li Si por promover el progreso en su momento, librados de las tradiciones del pasado. Defendió también la dureza del gobierno de los Qin – e implícitamente a su propio gobierno – como modelo de la vigilancia revolucionaria necesaria para suprimir a los reaccionarios y acelerar el movimiento de la Historia.

La analogía es poderosa, tanto en sus implicancias positivas como en las negativas. Así como el sistema imperial centralizado establecido durante el breve reinado del primer emperador constituyó la base política para los logros económicos y culturales de la civilización china tradicional durante más de dos milenios, así la revolución maoísta unificó China tras una centuria de desintegración, estableciendo las condiciones políticas previas para la industrialización del país y para su búsqueda de “riqueza y poder” en el mundo contemporáneo. Las fechas 221 a.C. y 1949 marcan no sólo el establecimiento de dictaduras políticas centralizadas, sino además las dos grandes revoluciones sociales en la larga historia de China.

La asociación del progreso socioeconómico y la tiranía política no es en absoluto una peculiaridad de la historia china. Esta incongruencia es también característica de las grandes revoluciones burguesas que impulsaron el desarrollo del capitalismo moderno en Occidente. En la guerra civil inglesa, Cromwell luchó valientemente contra el absolutismo real sólo para establecer su despótico dominio personal como Lord Protector. Robespierre, discípulo de Rousseau y campeón de la democracia popular, dirigió el reinado del Terror en el pico radical de la Revolución Francesa. En la Revolución Rusa de octubre, en gran medida una revolución burguesa, las conquistas revolucionarias logradas durante la breve existencia de Lenin atravesaron una cruel metamorfosis tras su muerte, durante el prolongado despotismo de Stalin.

Mao Zedong se ubica así en una larga línea de tiranos revolucionarios – revolucionarios en el sentido en que contribuyeron a grandes progresos socioeconómicos, tiránicos en cuanto a sus métodos políticos. Mao comenzó su carrera política como un servidor de los empobrecidos campesinos de China, y durante el proceso se convirtió en su amo. Liberó a la nación china de los grilletes de un siglo de influencia extranjera sólo para enlazar al pueblo de la nación en los grilletes de su propia imagen deificada, extraña, ajena a las masas. A finales de la era de Mao, el pueblo (y particularmente los campesinos), que le había dado a Mao Zedong su poder

en primer lugar, se inclinaba ante estatuas de yeso del hombre que era a la vez su libertador y su amo.

Sin embargo, aún si se contempla la larga carrera revolucionaria de Mao Zedong en amplia perspectiva histórica, parece claro que no existe un lazo histórico necesario entre la revolución social y la tiranía personal. Mao aparece en un cuadro histórico mayor que sus predecesores revolucionarios – y por un periodo de tiempo mucho más largo. Durante la mayor parte de dos décadas fue la figura dominante de la revolución más masiva – y quizás de la más heroica – de la historia mundial. Y fue a lo largo de 27 años el dirigente indiscutido del estado que él mismo fundó en 1949. A lo largo de ese extenso periodo revolucionario, y a comienzos del periodo posrevolucionario, Mao fue a veces el dirigente despiadado de un Partido Comunista organizado de acuerdo con los autoritarios preceptos leninistas; pero probablemente no fue más dictatorial y personalista de lo que hubiera sido cualquier dirigente efectivo bajo circunstancias políticas e históricas similarmente ásperas e inexorables. La desventurada campaña del Gran Salto Adelante marcó la transición de Mao de líder dominante de un partido leninista autoritario a tirano personalista gobernando por encima del partido.

Es notable (en efecto, es esencial de resaltar) que los mayores logros de Mao se produjeran antes del tiránico capítulo final de su vida política. La revolución que condujo a la victoria contra circunstancias aparentemente abrumadoras fue probablemente la mayor revolución social de la historia contemporánea mundial. En su amplitud, escala y amplio carácter, la revolución comunista china empujó a sus predecesoras la francesa y la rusa. Ningún marxista, al menos antes que Mao, podría haber previsto una revolución moderna que tomara la forma de la movilización campesina en un agro atrasado para “rodear y asediar” las ciudades conservadoras. Y pocos observadores pudieron predecir los primeros éxitos posrevolucionarios del régimen maoísta: la unificación de China y el establecimiento de un gobierno central efectivo; la conquista de la independencia nacional total tras un siglo de invasiones extranjeras e influencias coloniales; la campaña de reforma agraria, que alivió algunos de los peores abusos del viejo sistema terrateniente y proveyó de fondos para impulsar la modernización de uno de los países más atrasados del mundo; la consecuente inauguración de un exitoso programa de industrialización acelerada; logros impresionantes en alfabetización, educación, y cuidado de la salud; y, de manera más sorprendente, la casi duplicación de la esperanza de vida a lo largo del cuarto de siglo

de gobierno de Mao, desde un promedio de 35 años en la China anterior a 1949 a 65 años al final del periodo maoísta, a mediados de los años setenta.

Estos logros fueron esencialmente obra de la década de los años cincuenta, la primera década del gobierno maoísta. Muchos de los programas progresistas introducidos en esta creativa etapa de la República Popular, en particular la industrialización, continuaron avanzando en el periodo a veces denominado como “maoísmo tardío”, 1958-1976. Pero estos años finales de la era de Mao, que coincidieron con su tiranía personal y con la cumbre del culto a Mao, produjeron pocas iniciativas duraderas. El progreso material producido durante el periodo maoísta tardío difícilmente podría haber compensado la hambruna derivada del Gran Salto y la destructividad humana y social de la Revolución Cultural; de hecho, el mencionado progreso, puesto a su lado, se vuelve insignificante. El aspecto positivo de la etapa maoísta se desarrolló fundamentalmente a través de la actividad prosaica pero eficiente de un régimen de partido leninista. Este fue un régimen ampliamente dominado por Mao Zedong, seguramente, pero por un Mao previo a su conversión a la doctrina de la “revolución permanente” y a su ascensión del papel de profeta utópico.

Los logros del periodo maoísta temprano fueron bastante extraordinarios, pero no hubo nada particularmente socialista en ellos, excepto por la retórica ideológica en la que en ocasiones se vistieron. La unificación nacional y la independencia, la creación de un mercado nacional, la centralización política y la promoción estatal de la industria – estos fueron los rasgos típicos de todas las grandes revoluciones burguesas que produjeron economías capitalistas modernas. Aún la campaña de reforma agraria de 1950-1952, el resultado más radical en términos sociales de la revolución maoísta, estaba bien situado dentro de límites burgueses. La reforma agraria destruyó lo que quedaba de la clase precapitalista de la aristocracia terrateniente, el grupo gobernante dominante en la sociedad rural tradicional, dando culminación así a una gran revolución social. Pero esa revolución social fue capitalista, no socialista. Lo que resultó de la reforma agraria fue un sistema pequeño-burgués de propiedad familiar individual campesina, con los campesinos libres para comprar, vender e hipotecar sus posesiones.

La democracia política podría ser agregada a esta breve enumeración de características propias de una revolución burguesa. En términos ideales, una revolución burguesa (o lo que los marxistas llaman “revolución democrático-burguesa”) produce un sistema político más o menos democrático. En la realidad histórica, el surgimiento de la democracia política, aún en los países económicamente más avanzados, ha sido

producto de un proceso lento, tortuoso, y en ocasiones sangriento. Por ejemplo, en Francia, la patria de la revolución burguesa clásica, no fue sino hasta el establecimiento de la Tercera República en 1871, casi un siglo después de la gran revolución de 1789, que se construyó un sistema de democracia política viable. Los años que transcurrieron entre ambas fechas estuvieron llenos de dictaduras, restauraciones y revoluciones fracasadas.

Existieron pocas señales de movimiento alguno hacia la democracia política durante el periodo de Mao, y no muchas más durante la etapa posmaoísta. Pero en sus aspectos más esenciales, la revolución maoísta realizó las tareas más esenciales de la revolución burguesa, que los anteriores regímenes chinos fracasaron en conseguir. Esto, a su vez, sentó las condiciones sociales y políticas necesarias para la industrialización bajo el periodo maoísta y la extraordinaria revolución económica de los años posteriores a Mao, que convirtió a China, en palabras del comentarista de la economía Martin Wolf, en “el taller del mundo,” un título originalmente reclamado para la Inglaterra del siglo XIX.² La dinámica revolución capitalista que ha transformado a China a lo largo del pasado cuarto de siglo habría sido imposible sin las conquistas del periodo maoísta, especialmente la unificación nacional y la reforma agraria.

Durante muchos años, antes y después de 1949, Mao Zedong insistió en el carácter burgués de la revolución china y en la necesidad de avanzar de acuerdo con las “etapas” necesarias del desarrollo histórico previstas en la teoría marxista-leninista, aún cuando todas estas etapas se tuvieran que desarrollar bajo el liderazgo político del Partido Comunista Chino. Existían poderosas razones objetivas, así como ideológicas, para la insistencia de Mao en los límites “burgueses” de la revolución china. La China de mediados del siglo XX estaba entre los países más atrasados de la tierra, tanto económica como socialmente. Karl Marx había advertido con frecuencia acerca de la futilidad – y de las consecuencias históricas probablemente regresivas – de intentar construir una sociedad socialista de manera prematura, esto es, antes de que el capitalismo haya llevado a cabo su trabajo, históricamente necesario, de establecimiento de las condiciones materiales esenciales para la nueva sociedad:

“Si el proletariado destruye el dominio político de la burguesía, esto será sólo una victoria temporaria, sólo un elemento al servicio de la revolución burguesa misma

² WOLF, M., “The New Workshop of the World”, *Financial Times*, 25 de noviembre de 2003, asequible en FT.com (Nov. 26, 2003).

... en tanto durante el curso de la historia ... no se creen aún las condiciones materiales que hagan necesaria la abolición del modo burgués de producción ... Los hombres no construyen ellos mismos un nuevo mundo a partir de los frutos de la tierra, como cree la superstición vulgar, sino a partir de los logros históricos de su civilización en decadencia. Ellos deben, en el curso de su desarrollo, comenzar a producir por sí mismos las condiciones materiales de una nueva sociedad, y no hay esfuerzo alguno de la mente o de la voluntad que pueda liberarlos de este destino.”³

Marx insistía por ende en que cada sociedad debe atravesar “las fases sucesivas de desarrollo normal,” y que estas fases no podían ser evitadas gracias a “saltos audaces” o “disposiciones legales.”⁴ Tales restricciones a los deseos de los revolucionarios aparecerán a lo largo de la literatura marxista-leninista y se verán reflejadas en la teoría de la Nueva Democracia de Mao Zedong, y en su énfasis en las “etapas” necesarias de desarrollo en la China posrevolucionaria, estando las diversas etapas sociales presumiblemente más o menos en conformidad con el nivel de las fuerzas materiales de producción.

Sin embargo, la aspiración subjetiva de Mao hacia el socialismo probó ser mucho más poderosa que las enseñanzas marxistas acerca de los requisitos materiales objetivos necesarios para construir la nueva sociedad. Así, para finales de los años cincuenta, la insistencia marxiana de Mao en proceder a través de las etapas necesarias de desarrollo socioeconómico cedió paso a la noción de revolución “continua” o “permanente,” que superaría completamente la fase “democrático-burguesa”. Mao declararía haber completado la “transición al socialismo” en breves años, y entonces proclamaría a partir de allí la inminencia del comunismo. No fue la impaciencia de Mao Zedong con el ritmo de la historia por sí sola la responsable de esta carrera hacia la utopía a finales de los años cincuenta. Mao había llegado a representar las expectativas crecientemente radicales de los campesinos, de los cuadros rurales del partido, y de una buena parte de los dirigentes más encumbrados del mismo. También estuvo inspirado, como muchos otros, por los impresionantes éxitos del Partido Comunista Chino de fines

³ MARX, K., “Die moralisierende Kritik und die kritisierende Moral,” en *Selected Writings in Sociology and Social Philosophy*, Londres, 1956, p. 240.

⁴ MARX, K., “Preface to the First (German) Edition of Kapital,” en *Capital*, Chicago, trad. Samuel Moore y Edward Aveling (Chicago: Charles H. Kerr and Co., 1906), pp. 14-15. [Hay ed. castellana: MARX, K., *El Capital. Crítica de la economía política*, México, 1999, T. 1, p. XV].

de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta – la impresionante victoria sobre el Guomindang, la rápida consolidación del poder comunista, los éxitos de la Reforma Agraria y la temprana industrialización, y los fervores revolucionarios generados por la campaña de colectivización agrícola de 1955-1956. Para fines de 1957 Mao Zedong se había despojado ya de todas las restricciones marxistas convencionales sobre los deseos revolucionarios, permitiéndose embarcar en la trágica aventura del Gran Salto Adelante. Ubicándose por sobre todas las instituciones, se convertía entonces en tirano tanto como en profeta utópico, casi inconsciente de los costos humanos y sociales de su “gran salto” al comunismo – y de los costos de la Revolución Cultural, un levantamiento en gran medida incubado a partir de las tensiones políticas generadas por el fracaso del Gran Salto.

La ideología que tanto produjo como reflejó los traumáticos acontecimientos del Gran Salto y la Revolución Cultural, un corpus de teoría y práctica que a veces se denomina “Maoísmo Tardío”, se basaba en gran medida en el maoísmo de los años revolucionarios. El maoísmo revolucionario rechazaba implícitamente muchas de las premisas básicas de la teoría marxista. Era una ideología ignorante de la insistencia marxista acerca de que el capitalismo constituía una etapa progresiva de desarrollo en la historia mundial, y la condición necesaria del socialismo. Era una ideología que abandonó al proletariado urbano en tanto clase revolucionaria moderna en favor del campesinado y de la celebración de las virtudes de la vida rural. Era una doctrina que celebraba las “ventajas del atraso” revolucionarias y socialistas. Y, por sobre todo, el “Maoísmo Tardío” ensalzaba las potencialidades de la voluntad y del espíritu humanos como factores decisivos en la historia. Todas estas creencias, que los marxistas habían etiquetado convencionalmente como “utopistas”, fueron revividas en forma extrema en vísperas del Gran Salto.

Estas nociones intelectuales e ideológicas específicamente maoístas dejaban un escaso contenido marxista a la doctrina canonizada como el “Pensamiento de Mao Zedong”, aún cuando este último era saludado como la nueva y superior etapa en la evolución de la teoría marxista-leninista. Pero lo que Mao llamaba la “sinización del marxismo”, sin importar cuán alejada estuviera de las premisas básicas de la doctrina original, fue probablemente necesaria para el éxito de la revolución en un país que necesitaba desesperadamente una revolución. Es muy improbable que los revolucionarios que pensaban y actuaban de acuerdo con las perspectivas marxistas-leninistas ortodoxas pudieran haber tenido éxito en el entorno histórico chino.

Sin embargo, esta doctrina maoísta que jugara un papel tan vital durante los años revolucionarios, promoviendo una revolución históricamente necesaria en el estado social en que se encontraba China, tuvo paradójicamente consecuencias humanas y políticas desastrosas cuando fue reeditada en la etapa posrevolucionaria. La remoción por parte de Mao Zedong de las restricciones marxistas sobre los deseos revolucionarios a finales de los años cincuenta abrió el camino para las catastróficas consecuencias del Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural. No fue el así llamado “marxismo de línea dura” de Mao el responsable de estas debacles, sino, en cierto sentido, su falta de marxismo o, más precisamente, sus alejamientos “utópicos” de las enseñanzas marxianas acerca de los imperativos de la historia. Los fracasos inevitables del Gran Salto y de la Revolución Cultural aseguraron que el desarrollo histórico de China no habría de proceder, en el futuro previsible, más allá de límites burgueses. El proceso masivo de desarrollo capitalista acaecido en las décadas posteriores a la muerte de Mao, quizás el proceso más dinámico de desarrollo capitalista en la historia mundial, es así tanto el producto de la revolución de Mao como su negación, un capitalismo que es a la vez el resultado lógico de la revolución que Mao Zedong condujo en un territorio económicamente atrasado, y un capitalismo que se burla de sus proclamas y aspiraciones socialistas.